

# SEGUNDA MANO

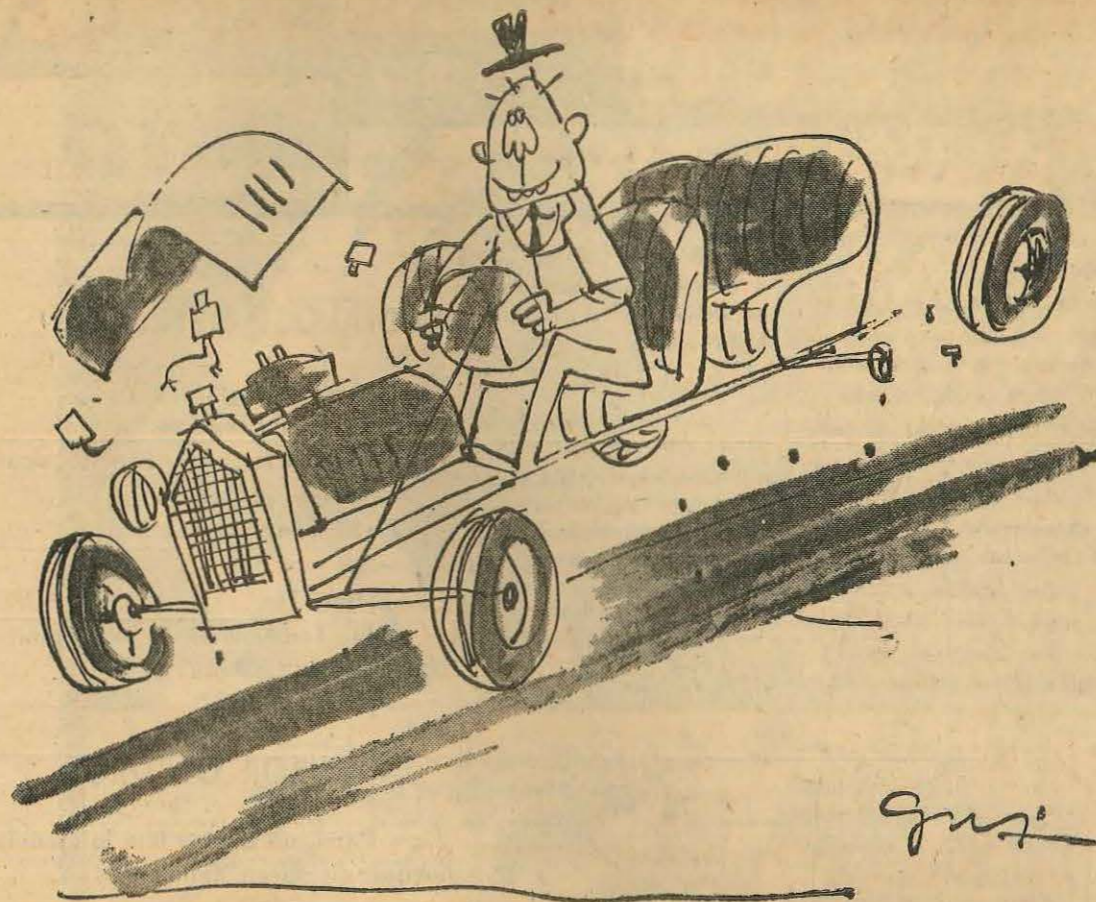
UNA NOTA DE GUT

**L**o felicito, señor", me dijo el vendedor de autos de segunda mano, abriendo la portezuela del coche convertible que yo acababa de comprar. Le di sobriamente las gracias, me introduje en el vehículo y arranqué en primera. Cuando el coche franqueó la entrada y salió a la calle, oí los gritos del vendedor: "¡Señor, señor! Deja esto". Era la portezuela, que había quedado en su mano. Con dignidad, indiqué con un gesto que la depositara en el asiento posterior y pasé el cambio a segunda. Se oyó un leve crujido, y el automóvil modificó satisfactoriamente su velocidad, respondiendo a la maniobra. Arrellanándome en el asiento, me llevé entonces el habano a la boca, pero lo chupé sin resultado, ya que se trataba de la palanca de cambios, que se había desprendido de su eje. Inmutable, deposité la palanca en el asiento trasero, y proseguí mi camino en segunda. El motor marchaba como un reloj, suavemente. Una luz roja apareció ante mi vista y apreté el freno, hundiendo mi pierna en el piso hasta la rótula y perdiendo el zapato en el áspero roce con el pavimento, pero mi coche prosiguió su marcha. Un pequeño mandadero permaneció durante algunos segundos sobre el capot — evidentemente contra su voluntad — y luego vi con el rabillo del ojo que resbalaba sobre el guar-

dabarro derecho hacia un destino incierto, llevándose consigo el faro de ese lado, un espejo retrovisor exterior y la antena de la radio. Pero no me atreví a desviar la mirada, porque vigilaba las contorsiones de una anciana modesta pero limpiamente vestida, que enganchada en el paragolpes asomaba intermitente su rostro congestionado por sobre el motor y me amenazaba con el puño. Una cuadra después, la anciana desapareció definitivamente, el coche dio un pequeño sacudón y a mis espaldas sonó el estrépito de dos tazas que se desprendían para siempre, pero aquel magnífico motor continuaba funcionando como los ángeles y sentí de im-

proviso el orgullo de ser propietario de un automóvil.

Ya iban tres cuadras de viaje y reflexioné: "Hasta ahora, todo va bien, Tarquino. No te dejes impresionar por minucias". En la próxima bocacalle, apareció un carro tirado por una yunta de robustos friones y, con un reflejo de buen conductor oprimí la bocina. Un débil gemido surgió de las profundidades de mi automóvil, y agonizó durante unos segundos con un hilo de tristeza, muriendo después en medio de la incomprensión de los caballos, que prosiguieron su ruta. Haciéndome cargo de la situación en un abrir y cerrar de ojos, torcí



bruscamente la dirección hacia la izquierda, errando al primer cuadrúpedo por escasos milímetros. Con el segundo fui menos afortunado. compañero, después de olfatear la fuerte lona, empezaba a masticarla.

Nerviosamente, limpié de mi rostro un hilo de sudor, mientras fijaba mi vista hacia adelante, siempre hacia adelante. "No debes perder la cabeza, Tarquino", murmuré apretando los dientes como un endemoniado. Un enredijo de tubos de acero me molestaba en las manos y lo tiré por el hueco de la ré hacia atrás, la capota de

mi automóvil cubría al noble bruto casi totalmente, y su

Pude pasar, pero cuando mi portezuela arrancada, advirtiendo demasiado tarde que se trataba de la rueda de la dirección, deformada por mi violenta maniobra con los caballos. Pero no tuve tiempo de preocuparme: un espantoso matraqueo resonó de improviso bajo el capot, se produjo una explosión mientras un relámpago como de magnesio cegaba mi vista, y el capot voló por los aires, a la vez que un surtidor de tuercas, válvulas y cilindros rompía fragorosamente las vidrieras instaladas en mi

diabólica trayectoria. Admirado por la bondad de aquel automóvil, constaté complacido que aumentaba su velocidad. Entonces ya no me importó nada. Deslizándose como una máquina infernal por el cuesta abajo de la calle, que conducía directamente al muelle y a siete metros de agua profunda y aceitosa, mi automóvil de segunda mano y yo, el cretino que lo había comprado, se precipitaron a una velocidad de 150 kilómetros por hora, en medio de humo de petróleo, ruinas metálicas desintegrándose y alaridos inhumanos, hacia la justiciera muerte que nos esperaba.